

El adicto

Sergio Ruiz Párbole



Capítulo 1

Encerrado en su caverna tecnológica, reposta y se marcha. Teclea. Hola y adiós. Como un código programado, o como si a fuerza de adiestramiento hubiera aprendido esas palabras. El hecho de haber aprendido algo quizá es el único rasgo de humano que conserva. Ciertamente aún es capaz de hablar con su voz. Sin embargo, la mirada hace tiempo que dejó de vislumbrar el mundo real, la cancha donde estamos todos.

Hace tiempo que adopto esta existencia, dependiente de enchufes. Está claro, tiene que cargar. Un vivir electrónico que llega a tal extremo que doctrinariamente rechaza las conversaciones prolongadas, las preguntas ajenas y las respuestas, las preocupaciones e intereses de quienes le cuidan y hacen que siga con vida, son como un herpes que escuece porque no pertenece a su burbuja virtual. No ha perdido la funcionalidad de su cuerpo. Lo entrena en desproporción, sus pulgares son la parte más desarrollada. Alcanzan velocidades vertiginosas en las teclas que otros no llegamos a alcanzar. Es por eso su distanciamiento, no llegamos a su nivel, no comprendemos que es así como se vive ahora. Ha encontrado el mejor refugio posible, protege del frío y el calor, de los miedos y la incomodidad, del atrevimiento del apego y afecto. Una máquina no te juzga, no te da opinión, no hay discordia. No hay nada más cómodo, si todo te lo proporciona. El resto no somos nadie. No entendemos de estas cosas. No entendemos que es inútil preocuparse de seres cercanos si sólo son espejismos que pasan alrededor tuyo, sin posibilidad de hacerte nada, de causarte bienes ni males. A veces solamente resultan molestos porque por la fuerza intentan sacarte de tu atmósfera. "¿Por qué lo hacen?", se pregunta. Si no hace daño a nadie. La tecnología es un camino, el de la renuncia a una condición, la de ser afectivo, susceptible de críticas y emociones turbadoras. Es la senda de la privación del lazo con seres iguales. Es la elección del rechazo, el rechazo de la elección de vivir realmente. El vendaje voluntario ante la disconformidad con un mundo que no convence, con seres que no le convence, insuficientes. Un mundo de por sí poco cómodo. No le satisface. Vuelve a su refugio.

Se levanta a horas tardías, sólo para los demás, pues no hay hora temprana ni tardía en esa vida. Si no hay quehaceres ni ocupaciones, mucho menos responsabilidades, entonces uno no tiene horarios. Verdaderamente somos nosotros los atrasados, quienes nos preocupamos por el paso del tiempo. Con lo sencillo que es eludir ese tiempo bajo la gigante sombra de la pantalla luminosa y los botones. No hay pasado ni futuro, ni recuerdos ni proyectos, sólo un presente continuado en el que no se experimenta cambio alguno. Pura comodidad. Cero estrés. El analgésico mejor inventado jamás. La anestesia vital que aleja, que sumerge en sus redes de entretenimiento, contactos y

autoconvencimiento de que su vida es la correcta. Los demás somos estorbos, escombros andantes, mosquitos que acechan a su cápsula, para los que no se necesita ningún ataque para repelernos. Sólo él sabe la solución. Sólo se abstiene. No merecemos mirada ni palabra alguna. En verdad es fácil, no tiene mucha complicación para él. Somos nosotros a los que nos gusta complicarnos la vida con la estúpida comunicación y relación social. Él no tiene porqué pasar por esos baches, bien lo sabe. Es del todo absurdo contarse las vivencias, las impresiones personales, ¿para qué?. Él es amo y señor de sus perfiles, las circunstancias no le conforman como individuo, se defines a medida en el ciber mundo.

Poco a poco se hace más inmóvil, sus expresiones van siendo consumidas por iconos, su lenguaje se empobrece y se reduce al signo informatizado. La moralidad llega al tope de su inteligencia, porque ha visto que Nosotros, en calidad de seres molestos y preocupados, seguimos atendiéndolo, suministrando sus cargas básicas. No necesita obtener comida, ni hacerse la cama, ni en general, emprender algo que cueste conseguir. No somos nadie, esclavos si acaso. Su acción se reduce a tal consecuencia de prescindir incluso del agradecimiento. "Que me sirvan y se larguen".

Desde el exterior vemos que todo transcurre, y desde este exterior ridículo en el que somos asiduos a los malos tragos y alegrías efímeras (lo que es la vida) sentimos pena. Pero más que pena, tristeza, por un ser que ha dejado de Ser. Una persona a la que intentamos traer de vuelta con toda nuestra fuerza, que ya no está. Con palabras inservibles que no penetran lo suficiente en su inmensa armadura. Palabras que fruto de la rabia tornan en gritos, que tampoco funcionan. Nosotros como tontos no podemos redimirnos del cambio, del acontecer, nos toca sufrirlo. Pero no es este devenir personal el que nos causa este sufrimiento por un ser querido, es su letal arma de la indiferencia. Él tiene ese poder de ignorar, de fluir inmerso en su dimensión sorda. Encontró los mejores tapones para sus oídos. Nosotros como idiotas no hemos renunciado a ese dolor que para un ser humano supone el que te asemejen a la nada, al vacío de su importancia. Porque Somos inevitablemente, y no tenemos refugio. ¿Qué podemos hacer? ¿Seguimos intentando salvarlo?

La maleta está preparada. ¿Lo llevamos todo? Desilusión y desesperanza, frustración, abandono. Nos marchamos. Nosotros como seres indignos poseemos atributos limitados, y uno de ellos es la paciencia. De modo que, sin nada que hayamos podido hacer y sin ganas de seguir siendo una molestia (por no decir una mierda), dejamos esta casa para que de ella se apodere la autodestrucción del individuo y la desarrolle con total libertad, sin obstáculos. No somos nadie para él. Mucho menos aún para imponer y ordenar cómo debe vivir.

Pasaron los días, las semanas, todo era estupendo para él. Sin interrupciones, ni peligros pululando. Sin rehuir de encuentros

potencialmente incómodos con siervos renegadores de su estilo de vida. Era tal la liberación, que inconscientemente se ejercitaba más, andaba por la casa más frecuentemente, pero sin mirarla, siempre para realizar su actividad vegetativa. Por el mero hecho de que podía hacer lo suyo sin miedo a obtener disputa por parte de los que convivían consigo. Ya se fueron. Tenía por el momento insanas provisiones con las que mantenerse. La cabeza nunca se levantaba. Los ojos no se despegaban del aparato. Así era como quería vivir.

De pronto un día cualquiera, dejó de ser inmune, se notó un tanto raro. Las máquinas empezaban a fallar, se ralentizaban, no le permitían obtener el mismo ritmo. Al contrario que ellas no actuaba conforme a su incomprendible lentitud, sino que estaba más tenso, nervioso. Su temperamento se sobrecalentaba como la batería. ¿Qué sucedía? Tan sólo un joven que subestimó al Tiempo que le parecía ajeno, independiente de sus aparatos tecnológicos. Cayó en el inconmensurable error de creer que unos objetos serían perpetuos, imperturbables. Finalmente dejaron de mostrar señales de conectividad, no encendían. Ahora era aquella confortable vida la que se desmoronaba, había perdido ese refugio, de tal modo que afloraban las inquietudes. Comenzaba a sentir hambre y sed, y esta vez se hacían más pesados que nunca. No había distracciones que le dieran el poder de ignorar sus propias necesidades físicas como casi podía hacer antes. “¿Y quién me atendía ahora?” se preguntaba, muy probablemente. Estaba exhausto de confusión y malestar. Necesitaba dormir fuertemente, de modo que en el sofá donde quedó grabada su postura eterna se echó a dormir. Durmió durante horas, y en esos sueños soñó visiones inexactas carentes de contenido. Hasta que le despertó el timbre. Habían llamado a la puerta. Sintió un pánico inmediato. Le llevó un buen rato intentar articular una palabra, con la que tendría que responder, ya no valía el mensaje electrónico. Y él no quería ignorar esta vez, quería contestar y saber quien era la persona que llamaba. Tenía la esperanza de que alguien le trajera sus recursos para seguir sobreviviendo, que fuese un cuidador ridículo que se ocupara de él nuevamente. Practicó con la voz un par de veces aquella palabra que usaba antes, “Hola”. Se tomó un respiro y abrió la puerta. No había nadie. De pronto le invadió un vacío terrible. Habría sido algún gracioso que llamó o alguien que se equivocó. Sin embargo una especie de experiencia reveladora sucedió sin que se diera cuenta, y es que levantó la cabeza por fin. Estaba dispuesto a mirar a los ojos de alguien. Miró el rellano, escaleras y ventanas. Había mundo, ya lo había olvidado. Quería salir a verlo de nuevo, a mirar unos ojos, a sentir que le miraban, que le hablaban. Sentir que Era alguien. Empezó por atenderse a sí mismo porque se dió cuenta de que era necesario, y por consiguiente, necesitaba del resto. Fue ahí cuando hubo un razonamiento, que no podía despreciarlos, que Eran igual que él y necesitaban algo también para intercambiar. Así que se vistió y salió a la calle, sin móvil, únicamente conectado con la búsqueda de un renacimiento. Deslumbrado, no sólo por el reconocimiento del mundo, sino porque la memoria se activó, de tal

modo que vinieron sus recuerdos. Recordó a unos seres que convivían conmigo, y no sólo eso, sino que de hecho los quería. Así es que fue tras ellos con ojos elevados y arrepentidos, lacrimosos, y esbozando una sonrisa por haberse recuperado a ti mismo. Por recuperar esas cosas que no necesitan de cargadores ni actualizaciones, que no necesitan reparaciones ni dependen de la artificialidad, que no son continuas ni eternas pero duran lo que la vida verdadera puede durar. Había vuelto a Ser.